Un nuevo libro de Aleixandre

El ojo reluce y ama: aséstase». Esto es: brilla con amor y lanza su mirada creadora certeramente dirigida al objeto. En el poema cúyo es este verso, el objeto es el hierro esculpido por Ángel Ferrant. En la poesía del nuevo libro[1] de Vicente Aleixandre, es cada uno de los seres tratados, o retratados. Es la materia, incorporada a vida humana en la consecución de su libro anterior –*En un vasto dominio*–, que sin dejar de ser única alza su dispersión y se diversifica, como el mar en las olas. El hombre es materia humana con destinos individualizados que se enredan o alcanzan. Y la pupila del poeta –pupila totalizadora, fue calificada por su mejor crítica– se reparte ahora, dirigida –asestada– a cada una de esas vidas reales.

En el fondo, no ha sido casual la referencia al arte escultórico porque, en la técnica poética seguida por Vicente Aleixandre, las figuras tratadas se proyectan como si fuesen surgiendo de la materia total y amorfa; así en la escultura. Veo en este Aleixandre –tan renovado siempre, tan sorprendente en cada nuevo libro– una suerte de poeta-escultor, y no, naturalmente, por la frialdad formal que granjeara el título para un poeta finisecular, sino por esa voluntad incorporadora como de proyecto vivo en elaborado descubrimiento, que no

---

[1] Vicente Aleixandre: *Retratos con nombre*. Colección de Poesía «El Bardo». Barcelona, 1965.

es sino una correspondencia poética de lo que acontece con el propio devenir de la persona humana.

En realidad, la vida del hombre ha pasado a ser motivo central de la poesía aleixandrina desde *Historia del corazón* (1954), pero en aquel libro —una de las cimas de su obra, por otra parte— se mantenía aún la emoción subjetiva y la comprensión abstracta de la existencia, simbolizada de varias formas. En el libro siguiente —*En un vasto dominio*—, (1962) la objetivación fue casi absoluta y la persona del propio poeta desaparecía del primer plano. No era ésta una completa novedad —digamos— en la obra de Vicente Aleixandre pues, pese a su mundo propio y a su acento romántico lanzado en los primeros libros a visiones imaginativas, la presencia de los objetos reales es una constante tan identificable, que ha permitido nada menos que la formación de una extensa antología, con casi cien piezas de las cuales la mitad se extrae de lo que se conoce ya como la «primera zona de su obra» o «su época de poesía cósmica». Tal antología va precisamente amparada por el título de *Presencias*[2] y resulta reveladora para la constatación de una continuidad congruente en la amplia obra de Aleixandre, desde su juvenil *Ámbito* a este sereno y escultórico conjunto de *Retratos con nombre*, itinerario que, puede decirse, abarca la historia de la poesía contemporánea española.

Hace muchos años —más de veinte— que Vicente Aleixandre declaró la vocación mayoritaria de su poesía,

[2] Editorial Seix Barral. Biblioteca Breve. Barcelona, 1965.

dirigida a lo permanente del hombre: «no a lo que refinadamente diferencia, sino a lo que esencialmente une», fueron sus palabras. Pero ¿qué es lo que «esencialmente une»? En aquel entonces, Aleixandre aclaraba: «el amor, la tristeza, el odio y la muerte son invariables». Ante sus nuevos libros, acaso cabría añadir que esas pasiones y ese destino último se dan en una circunstancia histórica, condicionados en un *aquí* y un *ahora*. La vida siempre es *ahora*, en frase de Ortega, y Aleixandre lo demuestra en estos poemas, en estos retratos concretos. El hombre no tiene más que su historia, cuya elaboración reside en sus propias manos. La realidad se forma con la acción humana porque, como ya escribió Marx, si bien el hombre es producto de un ambiente y de una educación, aquél y ésta son modificables precisamente por el hombre mismo. O, como se desprende de la poesía de Vicente Aleixandre, «lo que él hizo está hecho y lo que quiso puede».

Si, volviendo a las declaraciones de Aleixandre de 1944, nos interrogamos hoy qué es lo que «esencialmente une», y si nos respondemos con Sartre que el hombre no tiene en común una naturaleza, sino una condición metafísica, constataremos en la nueva poesía de Aleixandre que es su condición de existentes lo que clama desde estas vidas, desde esta humana materia individualizada que el poeta moldea con un verbo de poderosa descripción, a la vez que de penetrante intuición.

Todo esto no aparece explícito, claro es, sino que se nos revela como la consecuencia moral del libro, que reafirma la confianza en el hombre, en el individuo

único, irrepetible —el que forma la masa, la sociedad donde luego se cumple—, que tiene derecho a lograr la plenitud de su persona, a realizarse en libertad («libertad, libertad, rosa del mundo», canta un hermoso verso de estos poemas). Es un libro actual, una poesía de nuestro tiempo. No necesita tomar como tema, por ejemplo, las conquistas espaciales, para que tal esfuerzo del genio humano quede inscrito en la tesitura moral de la obra, que comprende al hombre como valor máximo, tratados moralmente por igual sus más excelsos nombres y sus más oscuros representantes.

La obra de Aleixandre ha sido siempre y es creadora, ha conquistado, inventado, alumbrado nuevas formas de expresión, muchas de las cuales supusieron, ya clásicamente, un enriquecimiento del acervo de la poesía española y, por ende, del idioma. Aleixandre no es un poeta que se repita estérilmente, es un poeta-río, no es un poeta-lago ni, mucho menos, un poeta-estanque; ya he escrito otras veces afirmaciones parecidas. La objetividad alejada del *yo* del poeta, que en este libro cobra grado máximo (sólo en el poema final, colocado incluso, acaso por eso mismo, un poco como al margen, se emplea la primera persona) es servida por unas fórmulas poéticas idóneas y que, claro, no iban a ser el apasionado encendimiento imaginístico que iluminó grandes zonas de la poesía castellana y que hoy nos hace reconocer a muchos poetas con el nombre de «aleixandrinos». Hoy sus fórmulas son mucho más ceñidas, más sobrias y, hasta si se quiere, más duras. También el diamante es duro. Una de estas fórmulas

es la expresión conseguida mediante lo que diríamos un como proceso dialéctico, que nos propone dos términos para definir exactamente con un tercero que, en cierto modo, resume, superándolos, los otros dos. Así, para darnos a conocer la mirada penetrante de unos de sus personajes retratados, no se vale de imágenes ni, mucho menos, de adjetivos, sino que dice:

Los ojos de este joven (...)
bajo del vidrio miran o preguntan.
Afirman.

Con ello, nos comunica la decisiva expresión de la mirada del joven, pero dejándonos, antes de llegar al rotundo verbo, la vaga zozobra de los otros dos.

Tomemos otro ejemplo, en la visión del poeta Jorge Guillén sobre su fondo castellano:

Cuando la tarde duda
—mas dudar no es posible.
Cuando la tarde, afirmación cumplida.

Por el mismo procedimiento —a) la duda, b) la imposibilidad de dudar, c) la afirmación— nos imbuye calidades de lo radical castellano y, a la vez, de la lúcida poesía del autor de *Cántico*.

O bien, en un solo verso, final del poema titulado *A una cabeza dormida: A tu lado alguien calla. Duerme. Existes,* vemos cómo el hecho de que un ser permanezca mudo junto al protagonista y el hecho de que éste

duerme, se resumen en la afirmación tajante de su existencia.

Otra consecuencia de su actual modo poético que ha franqueado la entrada a lo narrativo, es el empleo de enumeraciones sucesivas de nombres y verbos, con o sin conjunción copulativa —el polisíndeton y el síndeton. Asimismo, al servicio de la temporalidad que determina actualmente su temática, están alusiones cultas, que sitúan la descripción. Suelen realizarse con nombres propios: Olavide, Voltaire, Rousseau, el Madrid del Austria; o bien con referencias literarias: la «pobre loba», o el *Cándido* y su mejor de los mundos. La técnica descriptiva es de pormenor, lo que le infunde morosidad como de quien descoge cuidadamente un tapiz.

La poesía aleixandrina supuso en todo caso una ascensión hacia la luz, una búsqueda de claridad. Tal vez no sea ajena a esto la reiteración en el empleo de las imágenes del fuego, si en su sentido purificador, más aún en su sentido iluminativo. El fuego, que en *Sombra del Paraíso* fue cantado como *inmortal* y en el nuevo libro es la recreación de la materia en forma humana. La coherencia resulta perfecta; recordemos que el fuego era la *arché* de Heráclito, continua y renovada inquietud del devenir. Y no olvidemos tampoco la exaltación de los elementos primarios que alienta en mucha de la poesía aleixandrina.

Desde libros anteriores sabemos que esta poesía, como decía antes, ha ingresado en lo narrativo y

descriptivo, pero sabemos también que si con ello se acompasa a la marcha de buena parte de la poesía contemporánea, se aleja de ella al hacer eludible la vulgaridad, manteniendo, junto a los versos más *explicativos,* la belleza poética, con aire no abdicado de su recreación superrealista:

¿Huyes por los canales? ¿Regresas por las sirtes?
¿O llegas despedido de nobles luces, suyas
y tuyas, pues te envían desde un fondo de pájaros?
¿Un ocaso de brillos o un alba fiel de alondras?

También encontramos en el estilo de los nuevos poemas al famoso empleo de la personalísima «o» ambivalente que, al leer el libro *En un vasto dominio,* registramos como renovado en fórmula duplicada y aun triplicada, y en función no ya de soporte de una imagen visionaria, como en los primeros libros, no ya en asociación subconsciente y de ramalazo fúlgido, sino, ahora, como unión de ideas, relación entre evocaciones conscientes: no ramalazo sino serena contemplación. *La boca en bruta juzga o ríe. De carne o viento o brisa. La cabellera que es airón o es fuego de un astro o rosa o es su flor ardiendo.*

Partiendo como parte de una suerte de humanismo, la actual poesía de Vicente Aleixandre no podía estar exenta de la comprensión que apronta el amor al hombre. Los individuos retratados, sean allegados o amigos ilustres, sean modestas gentes o anónimos perso-

najes, están tratados con *benevolencia* (de *bene* y de *velle*), con *bienquerencia*, hasta con ternura. Porque, como el propio Aleixandre dice en su poema al Doctor Marañón, lo que aquí nos conmueve es la «confianza en el hombre», la «fidelidad humana».

LEOPOLDO DE LUIS

Rodón, 12.
Madrid.